



En torno a Mitch

ES una constante entre los columnistas de diarios «progres» el meterse con Dios y con la religión, a propósito de cualquier asunto, venga o no a cuento. Pero, claro, cuando se trata de un huracán como el «Mitch», que arrasa Centroamérica, les viene como anillo al dedo para meterse con el Creador. ¿Acaso estaba de siesta o, lo que es peor, se trata de un dios cruel, que se complace en el sufrimiento de sus criaturas?

Confieso que me extraña la «argumentación» de esos ilustres ateos de pacotilla. Y diré por qué. Si se trata de auténticos ateos (=negadores de Dios), ¿a qué santo se meten con Él, si no existe para ellos? Pero si se trata de antiteos (=adversarios de Dios), comprendo que aprovechen su beligerancia (intelectual) o su resentimiento (visceral) para arremeter contra su Adversario, especialmente en casos como los de un tornado devastador, una erupción volcánica o un desbordamiento fluvial.

También a los creyentes, que creemos en un Dios definido Amor y Padre, nos afecta la mente y el estómago el problema de los males naturales. ¿Por qué los desencadena o, al menos, los permite? ¡No lo sabemos!: así de claro. No nos basta apelar a las limitaciones de la naturaleza y del cosmos, para justificar los males imprevistos, que se ceban en el planeta azul de cuando en cuando.

Nuestra explicación de fe va por otro camino. Dios es bueno; por eso «hace salir su sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos». El cosmos y, en concreto, la tierra, manifiestan diariamente un 99 por 100 de bondad y belleza; frente a ese 1 por 100 de mal, tristeza y caos, que nos sorprende de tarde en tarde. Luego, si Dios permite estas anomalías naturales, tendrá sus razones «que la razón no alcanza».

La primera que se me ocurre es que Dios, Padre de todos, quiere la solidaridad entre sus hijos. Pero no sólo para los casos de emergencia, en que suele desatarse la caridad y el humanismo de millones de personas en favor

de los damnificados... hasta el próximo caso en que podamos firmar un talón de x pesetas, a través de nuestra ONG preferida, con destino al nuevo punto damnificado del mapa. La solidaridad que el Dios Amor desea es más que nada la preventiva, para que se distancien cada vez más esas disfunciones de la naturaleza, hasta que no ocurran en absoluto. Como acaba de declarar Víctor Hugo Cárdenas, ex vicepresidente de Bolivia, «el Mitch es la consecuencia de los errores de la Humanidad».

Seamos más claros. Mientras los pequeños países centroamericanos casi desaparecían del mapamundi, nuestros flamantes cosmonautas del «Discovery» contemplaban la tragedia a través de las ventanillas de un artefacto contabilizado en millones de dólares. Alabo como el que más el desarrollo tecnológico, como un regalo de Dios para «dominar la tierra». Pero estoy a favor de una jerarquía de valores en los presupuestos científicos, donde la partida primordial sea la ayuda a la humanidad. ¡Y no digamos nada de los multibillonarios presupuestos de armamento, eufemísticamente llamados «de defensa». Gobiernos, sociedades, organismos internacionales, organizaciones humanitarias, gente de la calle, ciudadanos de a pie, ¡todos!, ¿hemos convocado alguna vez una mesa redonda sincera sobre cómo prevenir y remediar los males naturales con el dinero despilfarrado en sembrar la tierra de millones de canallescadas minas antipersonales y en armamentos cada vez más sofisticados y costosos? ¡Pues, eso es precisamente lo que quiere Dios, que dejó la tierra mejorable para que sus hijos trabajemos en tándem con Él en favor del bien común. Me basta este sencillo argumento de fe para responder a los ateos y antiteos sobre el huracán «Mitch» y los próximos desastres naturales, hasta que nos tomemos en serio el prevenirlos y ponerles remedio.

Y, en resumen, añadiré que prefiero aceptar el Misterio al Absurdo: el misterio de un Dios Bueno, Padre, Amor (a pesar del mínimo mal del mundo) que el absurdo de un mundo tan maravilloso (con ligeros desajustes) hijo del azar y de la casualidad. Los creyentes hemos de *encajar* el problema del mal; pero los ateos han de *tragarse* el problema del bien, infinitamente mayor: ¡que el cosmos nace del caos!

R. de A.

Víctimas y verdugos

ES imposible repasar la historia (la grande y la pequeña) sin encontrarse con débiles víctimas y tremendos verdugos. Pareciera, incluso, que de no existir tal relación dialéctica, repugnante donde la haya, esa misma historia sería del todo diferente. No en vano, grandes imperios se han alzado sobre piélagos de sangre que, con el tiempo, llegaron a aparecer como lagos tranquilos y serenos. Cunde ahora, por ejemplo, entre ámbitos de la ciudadanía norteamericana más puritana y fundamentalista, la especie de que los nazis cumplieron con una cruda obligación histórica, tanto desde el punto de vista racial como religioso. Y, en general, todo criminal que consigue convertirse en posterior «prócer patrio», alcanza un sutil estatuto de virtud y el oscurecimiento de sus maldades. Las calles del mundo están llenas de sus estatuas magníficas.

¿Por qué no afirmar, sin reparos, que la necesidad de agarrar la paz con las manos nos está llevando a la citada conversión del criminal en ciudadano respetable, en el asunto despreciable de ETA y sus aledaños? Que ha habido verdugos y víctimas es tan evidente como el sol amanecido, pero, salvo alguna vocecilla un tanto estridente, nadie se atreve, ya a recordar tal cosa porque es «políticamente incorrecta». Los criminales de hasta hace semanas se han transformado por obra y gracia de sus propios designios y de nuestra angustia vital en dialogantes eminentes que, cuando les viene en ganas, todavía nos recuerdan que la tregua podría disolverse como un caramelo de azúcar. Ellos son los sinvergüenzas de una historia macabra, pero ellos no dejan de pautar el camino a seguir a cuantos, abochornados, debemos bailarles el agua. Camino de una cantada independencia de Euskadi. Guste o disguste recordarlo.

Seguramente, tal ascenso desde el barrizal de la historia hasta la sublimidad de las reflexiones éticas sea imposible de evitar: el vencedor, aunque haya sido verdugo, impone sus tesis al vencido, aunque se lama las

heridas de su propia victimidad. Ha sido así y seguirá siendo así. Salvo errores como el cometido por el despreciable Pinochet. Pero está en nuestra mano llamar a las cosas por su nombre y, todavía más, cuidar de que las víctimas no sean ni abandonadas ni olvidadas. Porque precisamente su existencia, por duro que resulte, nos permite, ahora, gozar de esa paz de los cementerios a la que nos sentimos conducidos. La paz posterior a una gran abdicación. La abdicación agónica del terror asumido como forma societaria de vivir.

Pero estoy seguro: cuando llegue la paz, no habrá memoria.

P. de P.

Los derechos humanos, ¿de verdad universales?

EL fundamento de la libertad, la justicia y la paz en el mundo radica en el reconocimiento de la dignidad de todos los miembros de la familia humana. Así se expresaba, hace 50 años, la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Con ello se subrayaba el derecho que cada ser humano, con independencia de raza, sexo, idioma o religión, tiene a que se le reconozcan sus derechos. Este derecho no es una graciosa concesión del Estado. No se «tiene» el derecho sólo «después» de haber cumplido los deberes humanos.

La Declaración Universal se aprobó hace 50 años. Pero aquella promesa está muy lejos de ser cumplida. El mundo está dividido: en un lado vive una quinta parte de la población mundial con un nivel de vida desconocido hasta ahora. Ahí se da por supuesto que los derechos humanos están garantizados. En el otro lado viven en la pobreza más de tres mil millones de personas. Un tercio de ellos tienen que luchar cada día por la supervivencia. Se podría hablar de la «gracia de un nacimiento geográficamente correcto». Se percibe así que los derechos humanos son una realidad enormemente distinta. No es lo mismo haber nacido en Alemania o en Canadá que en Bangladesh, Burundi o el Salvador.

En el hemisferio Sur la realización de los derechos humanos está inseparablemente unida a las condiciones de vida. Más de 800 millones de personas pasan hambre. 1.000 millones de personas no saben leer ni escribir. Carecen de las condiciones necesarias para poder exigir el respeto de los derechos humanos. A ello se añade que la tensión, ya conocida desde los tiempos del conflicto Este-Oeste, entre los derechos de libertades individuales y los derechos sociales fundamentales, sigue viva. La Conferencia Mundial de las Naciones Unidas (Viena, 1993) ha subrayado muy certeramente que los derechos políticos y los derechos sociales son

inseparables. Pero esto no cambia la realidad: en el hemisferio Norte los derechos son entendidos sobre todo como libertades individuales (inviolabilidad de la persona, respeto a la propiedad privada, libertad de conciencia y de opinión). Por el contrario, en el Sur lo que está en primer plano son los derechos sociales fundamentales (derecho a la vida, acceso a la educación, al trabajo y al cuidado de la salud).

Consecuencia: La realización de los derechos humanos debe ponerse precisamente allí donde son negados con mayor contundencia. Y con ello el compromiso a favor de los derechos humanos aparece vinculado con la «opción por los pobres». Con ello no se difumina la universalidad de los derechos humanos sino que en realidad recibe su más firme fundamento.

Los derechos humanos, en su realización práctica, son vistos hasta ahora como el privilegio de una minoría. Serán auténticamente universales cuando incluyan de verdad a cuantos en este momento están excluidos. Y aquí nos encontramos un importante punto de apoyo para una aportación, productiva y crítica, del pensamiento cristiano en relación con los derechos humanos. «Igualdad no es una paridad, fría y esquemática, sino una irreprimible tendencia hacia los débiles, los oprimidos, los desfavorecidos. La participación se convierte, así, en entrega» escribía Wolfgang Huber. Los obispos americanos, en su carta social de 1986 («Justicia para todos») proclamaban, con toda razón, que la justicia de cada sociedad se mide por la manera como trata a los pobres.

De aquí se deriva también una cierta gradación de los derechos humanos. El más fundamental es el derecho a la vida. Pablo VI, en el Sínodo de 1974, hizo una valoración de los derechos humanos amenazados según su importancia y urgencia: primero el derecho a la vida. Después el derecho a la alimentación, en tercer lugar los derechos socio-económicos, en cuarto los político-culturales y después el derecho a la libertad religiosa.

La Iglesia universal, por y desde la opción por los pobres, debe intervenir en favor de aquellos que por sí mismos no pueden reclamar y defender sus propios derechos. Esta especial responsabilidad con respecto a los pobres no es una característica exclusiva de la tradición judeo cristiana. Forma parte también del patrimonio ético de otras religiones universales y pertenece a esa «ética mundial» de la que habla Hans Küng. El compromiso por la puesta en práctica de los derechos humanos puede ser un factor central tanto del movimiento ecuménico como del diálogo entre las religiones.

(Martin Maier, Redactor-Jefe de *Stimmen der Zeit*. Munich.)